

EL NUEVO PRESIDENTE ANTIGUO

LOS ritos de renovación se han celebrado en Washington con pompa y esplendor. Es la consagración de la primavera nixoniana. Una reinstalación presidencial no se había producido en los Estados Unidos desde hace dieciséis años (la de Eisenhower, en 1957; a Kennedy le mataron en el primer mandato, y Johnson huyó del terrible cargo). Ha costado más dinero que nunca: entre tres y cuatro millones de dólares. Los carismas son hoy muy costosos. El nuevo Presidente antiguo —o el antiguo Presidente nuevo— emerge de la tormenta con la dolorosa guerra de Vietnam terminando —«comes to an end», ha dicho—; y este final se espera, se desea, se necesita tanto, que todo el mundo colabora a mantener el secreto de que esa guerra se ha perdido por parte de los Estados Unidos. Nixon, sin embargo, no oculta el hecho de que ha sido —es todavía— la más larga y la más difícil de las que haya combatido su país. Y no olvidemos que en el archivo de guerra de ese país hay grandes tesoros míticos: la guerra de independencia, la de Secesión, las dos mundiales. Todas ellas tienen, sin embargo, una considerable carga lírica y retórica: la de Vietnam no ha salido nunca —por la parte de los Estados Unidos— de la sordidez, la mezquindad, el horror y la inutilidad.

PODRÍA ocurrir que si esta guerra realmente llega a su fin podamos, finalmente, traspasar esa puerta de la gran paz en cuyo umbral nos encontramos, según ha dicho Nixon. La gran promesa es la parte esencial del rito de la renovación. Consiste en sostener que se ha realizado una ruptura de la era que Nixon describe con la antigua y cinica frase

de «la paz es un intermedio entre dos guerras» para entrar en una era en la que «la paz pueda mantenerse para las generaciones por venir». Es una paz «como el mundo no ha tenido nunca: una estructura de paz que pueda durar no solamente durante nuestro tiempo, sino para las generaciones por venir». Para que esto suceda es preciso dar por terminado «el tiempo en que América hacía propios los conflictos de las otras naciones, o se hacía responsable del futuro de las otras naciones, o pretendía enseñar a los pueblos de las otras naciones cómo manejar sus propios asuntos». Si esta reflexión es real, si se refleja en la práctica y si se termina lo que Nixon ha definido con el eufemismo de «paternalismo», realmente el mundo le debería mucho a Vietnam. Mucho más que a Nixon, aunque a Nixon pueda deberle algo que no es muy frecuente en un político que tiene el rayo nuclear y todo el dinero del mundo en su puño: reconocer una realidad histórica y política.

Si la guerra termina, si se acaba la sangría moral y económica de los Estados Unidos, Nixon tiene cuatro años para entrar en la Historia por la vía que ha anunciado y por las de unas reformas interiores que deben tender a dar un reposo a la dividida, crítica, crispada sociedad de los Estados Unidos. Se dice que sus planes inmediatos se refieren a una entrada de Europa en un cierto orden —por medio de las nuevas reuniones coexistentes— y de la liquidación del conflicto de Oriente Medio, con la colaboración de la Unión Soviética y de los países árabes proclives a ello. Puede ser un cuatrienio rico en resultados de este tipo, para el establecimiento de lo que podría llamarse, con la antigua frase



En su reinstalación presidencial, celebrada en Washington con pompa y esplendor, Nixon jura el cargo ante el presidente del Tribunal Supremo, Warren E. Burger, en el Capitolio. En la foto de la derecha, Kissinger, el «moderno Rasputin», como le ha calificado el columnista James Burnham en el «National Review», bosteza en la larga espera de la ceremonia inaugural.

de Hitler, un «nuevo orden», o con la de Nixon, «una estructura», pese a las injusticias de todo calibre que pueda producir. El nuevo orden estaría basado en una democratización, en una liberalización del mundo occidental, con su abundancia de consumo y de tolerancias, a costa por el momento de las esperanzas perdidas para muchos grupos minoritarios, o muy mayoritarios si consideramos lo que puede suceder en el tercer mundo.

LAS vías que pueda emprender Nixon para la pacificación de los Estados Unidos son, por el momento, secretas o misteriosas. Es lo que le reprochan sus críticos de Washington. El mito de la renovación ha estado bastante empañado por estas modernas brujas que son los columnistas. Reprochan a Nixon el estarse convirtiendo poco a poco en un dictador, sin duda porque les faltan referencias directas de lo que es un verdadero dictador. Leamos a James J. Kilpatrick, en el «Star News» de Washington: «En los dos últimos meses, Nixon se ha vuelto más remoto e interiorizado que nunca (...). Nixon, al inaugurar su segundo mandato, ha tomado mal la salida». James Burnham, en la «National Review», hace este retrato: «Secreto, enigmático, indirecto... Enfrentándose a las intrigas de palacio con otras intrigas; alternando periodos de aparente éxtasis con otros de furiosos estallidos de energía, proscribiendo de la corte a los grandes señores de título independiente en favor de vasallos de la liga del dirigente; decisiones tomadas a solas y puestas en práctica sin explicaciones de propósitos o premisas; incluso con Henry Kissinger como un moderno Rasputín...».

SE diría que están describiendo a De Gaulle. Quizá solamente la misma sombría neurastenia del poder largo y solitario, que puede aparecer en personajes romanos, medievales o actuales. La situación es la misma. En el caso de Nixon, la parábola de su vida es lo suficientemente sorprendente como para producirle notables cambios de carácter. Un «perdedor» casi profesional que emerge de las sombras para convertirse en Presidente, un hombre que llega a su segundo mandato presidencial arrancando a manotazos votos al partido contrario y, por lo tanto, que se cree asegurado del apoyo popular y que al mismo tiempo se enfrenta con una prensa y una televisión que le son hostiles, con un Senado y una Cámara de Representantes que quieren mermarle sus poderes y con una opinión mundial y nacional que le acusa crudamente —el mismo día de su juramento, una multitud de entre 20.000 y 60.000 personas se manifestaron contra él en las puertas de la Casa Blanca— de algo tan atroz como la reanudación de los bombardeos sobre Vietnam, tiene algo de enormemente trágico, aun cuando sea, como Nixon, una persona de escasa complejidad mental y poco dado a las torturas interiores.

ADVIRTAMOS que estas nuevas críticas vienen de la derecha —también le pasó a De Gaulle lo mismo en sus últimos tiempos—: los columnistas citados son notablemente conservadores. Una explicación podría encontrarse en el libro de Daniel P. Moynihan, «The politics of a Guaranteed Income», que se está publicando por capítulos en el «New Yorker» antes de su inminente edición. Moynihan fue consejero de asuntos interiores en el principio del reinado de Nixon, y ahora va a ser embajador en la India. Describe la política del Presidente como la de un conservador que se produce por medio de reformas radicales, y le compara a Disraeli, creador del Imperio británico. Comparación inútil. Pero es cierto que Nixon adopta medidas conservadoras por vías radicales, y sí podría compararse de nuevo al general De Gaulle; y también podría volverse a decir que, precisamente por ello, tiene en estos momentos la desconfianza de unos y otros, y se encierra en la soledad. ¿Y en la autocracia? Eso es lo que estima Anthony Lewis —liberal— en el «Herald Tribune» de Nueva York: «Sean cuales sean las razones, estamos viendo una tragedia de extrañamiento mutuo: un Presidente resentido y crecientemente autocrático, que despierta la amargura y el miedo profundo en una parte sustancial de su pueblo. Esta es la desgraciada situación en el «Inauguration Day» de 1973».

ES una considerable inversión de las conclusiones a las que llega el profesor Maurice Duverger en «Le Monde». Para él, el fenómeno de Nixon —de los Estados Unidos— es el del «fascismo exterior». Mientras, el país reposa sobre los derechos del hombre, los valores liberales, el pluralismo, la tolerancia y el respeto de la persona, su acción exterior —por los bombardeos de Hanoi y las minas de Halfong— representan el uso tiránico de la fuerza: es decir, el fascismo. No deja de ser curioso este contraste de que mientras un observador exterior cree que hay un fascismo nixoniano exterior y una democracia interior, los observadores interiores creen que hay ahora un intento de aproximación democrática, liberal y respetuosa al mundo exterior, mientras se mantienen formas autocráticas y tiránicas en el interior.

EUROPEISMO Y SEGURIDAD

La conferencia para la Reducción de Fuerzas en Europa (lo que en la jerga se llama MBFR, Mutual and Balanced Forces Reduction), puede comenzar el 31 de enero en Viena. Es, en cierta forma, una reunión paralela a la de Seguridad de Helsinki, aunque diplomáticamente se evite la relación. Se había convenido en que en la conferencia de Seguridad no se hablaría de temas militares (aunque esto parezca una contradicción), que debían ser objeto de una reunión distinta. La diferenciación debía servir para que el tema militar sólo fuese tratado por una minoría: doce países de la OTAN (Estados Unidos, Gran Bretaña, Bélgica, Grecia, Dinamarca, Italia, Canadá, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Turquía y República Federal de Alemania) y cinco del Pacto de Varsovia (URSS, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y la República Democrática de Alemania). Francia repudiaba la conferencia: consideraba que podía cambiar el equilibrio actual de Europa, y que ello significaba un riesgo. Sin embargo, al volver de su viaje a la URSS, el Presidente Pompidou anunció que había tratado este tema con sus interlocutores soviéticos, los cuales le habían instado a permitir la presencia francesa, y Pompidou se mostró «muy interesado».

Ahora la nota soviética de aceptación de la conferencia —que había sido una propuesta occidental— propone algunas modificaciones sensibles. La más importante es ésta: «El Gobierno soviético estima que todos los Estados europeos que manifiesten su interés, así como los Estados Unidos y Canadá, pueden participar, sobre la base de la igualdad, en esta conferencia». La cuidadosa elaboración diplomática occidental de las «minorías selectas» ha quedado destruida. Sin embargo, la URSS matiza que esta reunión, ya inminente, es preparatoria, y que la participación en ella «no prejuzga la cuestión de saber qué países participarán en el acuerdo o los acuerdos sobre la reducción de fuerzas armadas y de los armamentos». La Unión Soviética entiende que el tema de la reducción de fuerzas militares en Europa atañe a todos los países del continente, y no debe ser una cuestión de bloques; los neutrales tienen su

voz y su opinión. Por ejemplo, la propia Austria, que dará sede a la conferencia; Finlandia o Yugoslavia, cuya posición en el Sur de Europa es particularmente importante. O España.

La nota soviética ha producido una inquietud considerable en los medios de la OTAN, y especialmente en los Estados Unidos. Encuentran que es una manera de «complicar» el tema, incluso que es una manera de intervenir en el desarrollo de la conferencia de Seguridad de Helsinki en forma de retraso. Algunos observadores creen que se trata de una «confabulación» preparada por Francia y la URSS; otros temen que se trate de un acuerdo clandestino entre la URSS y los Estados Unidos a espaldas de sus aliados, para poder manejar la situación. Ninguna de estas ideas parecen tener demasiado vigor. En los países que habían sido excluidos de la conferencia, parece advertirse, en cambio, una respuesta satisfactoria: nadie quiere estar ausente de la discusión de un tema tan vital.

Mientras tanto, en Helsinki, prosiguen las reuniones preparatorias —tras la tregua del nuevo año— de la conferencia de Seguridad y Cooperación. Se avanza con una cierta rapidez. Van a crearse tres comités de trabajo: uno dedicado a la interrelación entre todos los países conferenciados en materias de gobierno; otro, sobre temas económicos, y un tercero, a los «contactos humanos» (que es donde los países occidentales quieren introducir las cláusulas de libertad de circulación de ideas y personas entre todos los países europeos).

Un tercer esfuerzo en la vía del paneuropeismo (y en el de la democratización de Europa) es el del Parlamento de Estrasburgo (el de los «nueve»), que pretende ser más instrumental: capaz de mantener debates, de aceptar o rechazar las grandes medidas propuestas por los Gobiernos de Europa, y representar mejor a sus pueblos. La voz cantante de esta reforma la llevan los conservadores ingleses (los laboristas están voluntariamente ausentes); su moderación no llega a la idea de celebrar elecciones en los países del Parlamento para la elección directa de sus diputados. ■ J. A.